

Largas hileras de devanadores, niños y ancianos, rodean los telares, que recuerdan fielmente al viejo Jacquart francés. La única diferencia en el trabajo es que el cruzamiento de los hilos está preparado por un obrero acurrucado en lo alto del telar, como un grumete en las vergas; pero lo demás es idéntico, salvo el mayor ruido, causado acaso por los huecos del bambú: la lanzadera corre, salta, rebota delante del tejedor.

Este mecanismo rudimentario y la tranquilidad de esta cabaña, cubierta de paja, nos han regocijado grandemente, recordándonos el interior de las casas rurales, en otro tiempo entrevisto desde el camino, viviendas de viejos tejedores campesinos, construídas en cuadros de tierra, á las inmediaciones de pueblos sin árboles, y cuyo rumor entrecortado era la única vida de una llanura pardusca y melancólica.

Después de habernos detenido un momento ante el fabricante de quitasoles, que construye armaduras de bambú y de junco, volvemos á encontrar una industria artística, la fabricación de bronces. Una especie de alto horno alumbra aun la cabaña. Esta noche se ha fundido un animal extraño con cabeza de dragón, de *Con-Sau*, que debe servir de candelero, y allí está el curioso utensilio lleno de rugosidades y rebabas. Otros bronce ya terminados están colocados sobre una tabla, siendo casi todos animales fabulosos ó monstruosas quimeras: la variedad de los cuerpos es infinita, pero invariable la cabeza tradicional del *Con-Sau*.

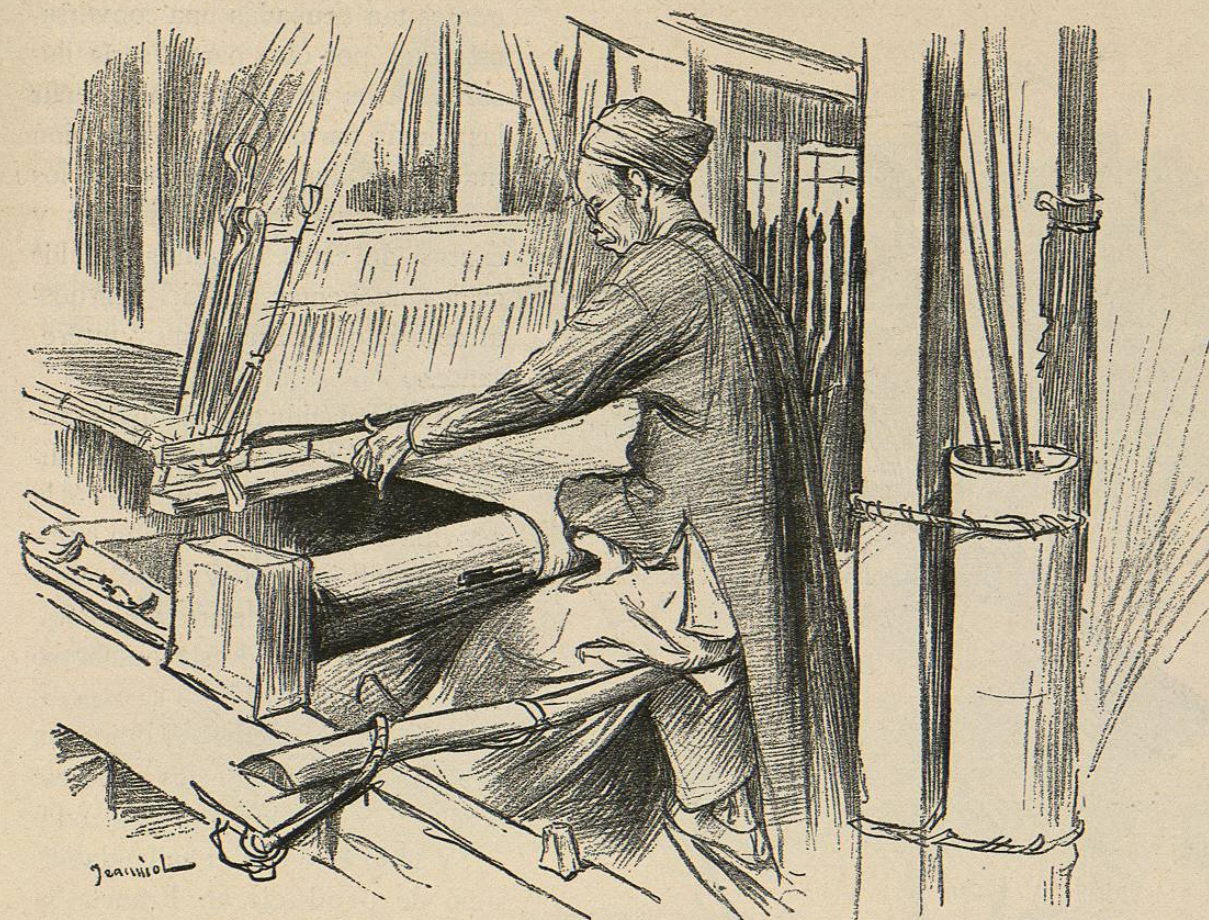
Los anamitas, como los chinos y japoneses, funden á cera perdida desde tiempo inmemorial; pero si el procedimiento es un poco primitivo, ningún artista de ninguna zona aventaja á estos orientales en perseverancia para el recorte é igualación, la ciencia y paciencia de la cinceladura.

Los herreros, allí al lado, se sirven para su fogón de una bomba aspirante y de presión tan ingenua que hace sonreír; la tienda está provista de toda una quincallería exótica y desusada: utensilios de cultivo de panza redonda, largos y difíciles candados, portálamparas que un anticuario tomaría por hierros forjados en remotos siglos, armas bárbaras y violentas, como hachas, lanzas mortales, horcas, tridentes, sables pesados y brutales.

Todavía encontramos el trabajo sonoro de los metales en el taller de los fabricantes de gongos. Esta fragua es más primitiva: un solo pistón se mueve en un tubo de madera tendido en el suelo y del suelo sale el fuego trémulo é inesperado. Aquí no se interrumpe el martillo, que golpea, bota y rebota vigoroso sobre las delgadas chapas de bronce con mezcla de acero: el gongo va tomando su forma circular, el hueco central se pronuncia, los rebordes se levantan y el instrumento se produce poco á poco en la nota que se quiere sacar de él, nota que ya se adivina en los últimos golpes del martillo. En la puerta de la tienda hay, como de muestra, una serie de gongos, colgados según el orden correlativo de la escala.

Lo que, sobre todo, llama la atención en estos talleres es el extraordinario partido que el obrero saca de su pie: el pie sujeta contra el yunque el objeto que se fabrica, hace inútil el uso de las tenazas ó del tornillo y deja así libres las dos manos. Entre los fabricantes de gongos, particularmente, tiene el pie contorsiones nerviosas y una habitual crispación de dedos, que como una mano hábil, retiene en el yunque el disco de bronce.

En la última tienda se fabrican linternas, armaduras de bambú guarnecidas de papel barnizado, que se adorna en un momento. Las imágenes así reproducidas son generalmente de peces y pájaros desconocidos, cuyas alas ó aletas, recortadas y móviles, se mueven naturalmente en el balanceo que el aire les imprime. Hemos visto dos de estas lin-



Tejedor de seda: telar puesto en movimiento.

ternas sorprendentes en verdad: una representaba un repugnante murciélago ostentando orejas monstruosas, abriendo en una cabeza casi humana una boca inmundada y cerniendo en torno lacias y angulosas alas; la otra, de una elegancia salvaje, representaba un pájaro fiero y simbólico, la garzota, esforzándose con furor en abrir una concha marina.

Independientemente de estos alojamientos industriales, contiene el villajo tonquinés dos casitas cerradas: en la una habitan tres bonzos, acompañados de jóvenes aspirantes. Aquí las figuras son serias: cuando se entra, los ojos fijos en los libros no se levantan, ni cesan las escrituras: afuera resuena el trabajo mezclado con el ruido de la multitud y con las indistintas melodías de los conciertos inmediatos; pero adentro, en plena exposición, en medio de una feria, está el asilo de la religiosidad y de la disciplina mística.

La otra habitación sirve de vivienda á dos médicos: estos personajes tienen maneras graves, fisonomías decisivas seguras de sí mismas. Son los vendedores de simples misteriosos, curanderos de fiebres perniciosas, preparadores de brebajes complicados y mágicos.

En el centro del villajo se alza un alto pabellón á manera de tinglado: es la casa municipal que al parecer existe en todos los pueblos del Anam. Hay en medio dispuestos unos bancos y algunos quitasoles, y decoran la estancia trofeos de armas y banderas. Allí también es donde resuena el tambor monstruoso á las once de la mañana y á las seis de la tarde, como aviso á los indígenas para que den de mano al trabajo.

Tal es el villajo tonquinés, tan impresionante por la revelación que hace de una civilización laboriosa. Es difícil en esta galería del trabajo buscar rasgos íntimos, trabar con



Fabricante de quitas'es.

gentes tan ocupadas una conversación que, por otra parte, sería ilusoria. Otros articulistas, al reseñar las demás partes de la Exposición indo-china, hablarán acaso de los usos y costumbres, tradiciones y cantos de estos anamitas, en los cuales no hemos podido ver nosotros más que obreros muy interesantes.

La instalación del villajo tonquinés en la Explanada de los Inválidos es debida enteramente á la actividad é inteligencia de un hombre amabilísimo, M. Viterbo, fabricante de muebles de arte en Hanoi. Él fué quien reunió este numeroso personal, él quien vigiló la expedición de los productos, él quien ha dirigido el trabajo de los obreros; él, en fin, quien lo ha hecho todo.

Y todo esto con el fin laudabilísimo de producir en Francia la prueba cierta y segura de la vitalidad de un país, á pesar de todo, profundamente desconocido.

No nos corresponde á nosotros, á lo menos en este lugar, patentizar la admiración que siente por esta nueva colonia, ni traducir al público sus desalientos y esperanzas: no tenemos que hacer aquí política colonial.

POL-NEVEUX

¿Conseguirá siquiera hacer comprender á la multitud su patriótica empresa, probándole que hay aquí otra cosa que una curiosa exhibición?

Séanos permitido dudarlo, á lo menos, á juzgar por la ligereza de los dichos y alusiones que coge uno al vuelo involuntariamente, por la sensible y lamentable grosería de las chanzonetas y burlas que dirigen á los indígenas, á los tonquineses, imbéciles alimentados con la omnisciencia de los papeles públicos.

Pero ¿qué importa si con estos indígenas delicados en sus movimientos, refinados en sus labores, con sus rumores especiales y su vida industrial tan sinceramente reproducida, el villajo tonquinés ha dado á algunos la nostalgia de un país que no han visto jamás ni jamás han de ver?



La Estudiantina provenzal

LAS MÚSICAS PINTORESCAS

EN EL TROCADERO

Músicas pintorescas significa aquí músicas ingenuas, originales, populares, rústicas, música de los que no saben música, música tradicional de los gaiteros y tamborileros, tañedores de dulzainas y cornamusas, música de ministriles que hacen bailar á los lugareños de nuestras provincias, músicas extranjeras también y un tanto extrañas, músicas golpeadas ó sopladas, música de instrumentos raros, desusados, desconocidos, anticuados, primitivos, como la flauta de Pan, y á veces sencillos á la manera del pitorro.

En la gran sala de los conciertos, en el Trocadero, ante el órgano inmenso reducido al mutismo, todos los instrumentos arcaicos, abandonados por los reyes y emperadores de la música, y despreciados por los generales, cabos y soldados de la armonía, encontraron últimamente el día de la revancha, cinco horas de gloria barata en la mayor sala de audiencia que pueda ofrecer París á las escalas cromáticas, á los arpegios escaladores y á los trinos sobreagudos.

Para esta lucha sibilante y roncadora, bien que fraternal, berrichones y servios, provenzales y portugueses, auvernienses y napolitanos, etc., etc., venían á hacerse oír por un jurado presidido por Paladilhe, el amable autor de *Patria*.

Estremeciéranse de horror los manes de Cherubini, allí se veían directores de orquesta y bibliotecarios de la Opera, compositores y críticos musicales juramentados, re-